

De Eduardo Marquina
(Español, 1879-1947)

SALUTACION A CHILE

Dios, QUE te quiso hacer a toda prueba,
Chile esforzada y en tu esfuerzo altiva,
plantó en los Andes la gigante criba
donde pasa a tamiz la humana gleba.
Y antes de entrar a ser en tu llanura
cada alma de mortal punta de lanza,
la cierne Dios en tu ríscosa altura,
la mete en nieve, a ver cómo se endure,
suelta un cóndor, a ver cómo lo alcanza,
le sale al paso en todos los atascos,
le cierra los senderos
con puntas de cristal en los peñascos,
con galopadas de aire en los oteros.

Por algo Dios, trazando tu figura,
te dio entre monte y mar forma de espada,
y estás a medios Andes colocada
como si el monte fuera una armadura;
tú, la tizona; el agua, la envoltura
de una capa recién abandonada;
la Araucanía en ti la empuñadura
que a recios golpes de los siglos dura
y que aún no ha sido a golpes remachada.

Tierra de esfuerzo: como en horma estrecha,
cada alma humana, cuando tú la abrazas,
ya no vacila más, que tú le trazas
un único camino: ¡el de la flecha!

¡Y eres bendita y alargada y suelta
contra el destino hostil, cuerda de hondero
que si estallara un día, desenvuelta,
lanzará, al restallar de su atadero,
almas que nos parezcan, rebotadas,
chispas de los peñascos arrancadas!

Pero no todo en el esfuerzo humano
es látigo que estalla,
ni siempre que apretamos nuestra mano,
es para abrirla en punto de batalla.
Chile serrana y Chile marinera,
tu alma se forja en una doble fragua,
y son, de esta manera,
tu abuelo, el monte; tu madrina, el agua.
Y esas puntas de cascos de tus montes
que en lo cerrado de tus horizontes
llegan a parecer entre celajes
vasto escuadrón de lanzas
con que al dominio de la tierra avanzas,
se te reflejan en los oleajes
de tu grandioso mar: hierve y rezuma
lo que fue nieve, hecho vellón de espuma;
y son piedra y cristal, blonda y encajes
que esmaltan de abalorios tus arenas.

Y así eres, Chile, en tu diversa fragua,
un dulce afán y un formidable empeño,
cuenco de peña donde canta el agua,
pozo de tierra en que azulea un sueño.

Para los tiempos de la paz y para
los blandos días del acuerdo humano,
Dios te reserva, Chile, en esta avara
clausura de tu monte soberano.

Porque toda la Tierra está dispersa
y entre pasiones y ambición camina,
y a los embates de una mano adversa
pulverizada ha de rendir su harina.

Y a mí, Chile claustral, se me figura
que quiso Dios, por voluntad expresa,
de tus Andes hacer como una artesa
y arrinconarte como levadura,
lejos de mezclas y contaminaciones,
fresca de sol de mar en tu hermosura,
toda fermento en tu misión futura,
para que, cuando suelten sus pasiones
en la rueda fatal que las tritura -
y estén alicaídas las naciones,
tú hinchas de porvenir sus corazones
lo mismo que hincha el pan la levadura...

Serénate en tu artesa de granito;
guárdate para el mundo,
fermento vivo que de lo profundo
sube en burbuja azul a lo infinito.

Chile, nación-reserva, en que la mano
del destino coloca
a depurarse en cálices de roca
lo que hay más puro en el esfuerzo humano;
contéplate en los ojos de tus hijas
que tan hondo como es copian tu cielo;
piensa que Dios, por que tu marcha rijas,
te ha dado el cóndor y te ató a su vuelo;
¡y, para todos los destinos grandes,
no olvides que eres hoy como una espada
por el martillo de tu mar forjada
contra el yunque de piedra de los Andes!

* * *

